

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, noviembre de 1895 ✧ NÚMERO 57



—¡Dios mío!—EXCLAMÓ.—¡Es Venus! ¡Y ESTÁ MUERTA! (Pág. 450)

MEMORIAS DE UN GENDARME

POR
PONSON DU TERRAIL

(Continuación)

Agrupados aquí y allá, detrás de los jugadores, había algunos campesinos, y, ¡cosa rara!, reinaba en la taberna la mayor tranquilidad.

Pero el padre Jeromo no tardó en hallar la explicación del buen orden del establecimiento.

Sentado á un extremo del hogar había un gendarme que hablaba tranquilamente con un labrador.

Sin embargo, los gendarmes no acostumbraban poner los pies en la taberna, como no fuera para intervenir en alguna reyerta.

—¡Es chocante!—pensó el granjero.

Y continuó su camino hacia la iglesia, donde ya habían entrado las mujeres y el pastorcillo.

La misa fué larga: cuando se salió de ella eran las dos de la mañana.

Mariana decía:

—Desconfío de esos bribones de Leloup... Es preciso volver á casa.

Jeromo respondió:

—Los tres Leloup y la *Garduña* estaban en la taberna, y allí deben continuar todavía.

En efecto: Jeromo no se equivocaba.

Al volver á pasar por delante de la taberna, en vez de contentarse con mirar á través de los vidrios, entró.

La taberna continuaba llena de gente; los Leloup jugaban á las cartas; la *Garduña* se dejaba inquietar por todo el mundo, y al gendarme se le había incorporado su camarada.

—¡Ea!—dijo Jeromo.—¿Nadie viene con nosotros?

El viejo Leloup le miró.

—A fe mía, vecino,—dijo,—el tiempo está cruel y mañana es fiesta. Vale más permanecer aquí caliente.

Jeromo bebió un trago de aguardiente, volvió á unirse á las mujeres y al pastorcillo, y todos continuaron su camino hacia la Combette.

XXXIII

—Querría saber qué es lo que hacen los gendarmes en casa de la Bilin,—dijo el pastorcillo.

—Lo sospecho,—repuso Jeromo.

—¿De veras?

—Los gendarmes son nuevos, como sabes, y, sin duda, están estudiando las fisonomías de todos los concurrentes.

—¿Creéis que es eso?

—Además,—continuó el granjero,—saben que el vino desata la lengua.

—Eso es cierto.

—Y esperan que á alguno se le escape una palabra siquiera respecto á Juan el Conejo, á quien están buscando.

—¡Muy bien discurrido!—exclamó el pastorcillo.

Mariana iba delante de todos y parecía tener alas.

—No estaré tranquila,—decía,—hasta que haya visto al amo durmiendo tranquilamente en su lecho.

De Laneuville había más de una hora de camino; de suerte que eran más de las tres cuando el granjero y sus acompañantes llegaron á la puerta del corral.

—¡Eh! ¡Maubert!—gritó Mariana.

Maubert no respondió.

—¡Pillastre!—dijo aquélla.—¡No hay duda de que se ha ido á los Roussettes!

Llamó dos veces y no obtuvo respuesta.

—Pasad por la granja, Mariana,—dijo Jeromo.

La granja comunicaba por una puerta con el patio de la Combette.

—No hagamos ruido,—dijo Mariana;—no es cosa de despertar al amo.

—Los perros están callados,—observó Juan Blanc.

—¡Imbécil! Nos habrán reconocido,—replicó Jeromo.

Y entró en el corral de la granja, donde todo se hallaba en el mismo orden que antes.

Mariana corrió á la puerta de comunicación repitiendo:

—¡Eh! ¡Maubert! ¡Bribón! ¡Borracho!

Maubert no podía responder porque, en efecto, se hallaba en la granja de los Roussettes.

Mariana entró en el patio.

—Pero ¿dónde están los perros?—dijo.

Jeromo la seguía.

—¡Eh! ¡Júpiter! ¡Venus! ¡Aquí!

Luego tropezó con algo blando y resistente, á la vez que le hizo dar un traspié.

—¡Dios mío!—exclamó.—¡Es Venus! ¡Y está muerta!

Al grito de Mariana, se acercó Jeromo; tras éste, la granjera, y, por último, el pastorcillo.

Hacía luna.

Mariana miró con estupefacción el cadáver de la perra.

¿Cómo había muerto?

El granjero la palpó en todos sentidos.

No tenía visible ninguna herida, ni había sangre al rededor.

—¡Dios mío!—exclamó la criada.—¡Sin duda, ha pasado una desgracia! ¿Y Júpiter? ¿Dónde está Júpiter?

Oyó entonces un quejumbroso gemido en un rincón del patio.

El pastorcillo se dirigió al sitio de donde partía aquél, y vió, no á Júpiter, sino á *Barbouillot*, el perruelo, que se arrastraba trabajosamente por el suelo.

El pastorcillo trató de cogerle en brazos y se llenó de sangre.

—¡Ah!—dijo.—¡Han querido matar al pobre perro!

En efecto: *Barbouillot* había recibido un golpe con una horquilla que le había puesto al descubierto las entrañas.

Durante este tiempo, Mariana halló, á diez pasos de la perra, el cuerpo rígido del otro perro.

Durante un momento, el espanto dominó á aquellos dos hombres y aquellas dos mujeres.

Miráronse con estupor, temerosos de comunicarse su impresión de horror.

—¡Han asesinado al amo!—exclamó, al fin, Mariana.—¡Y puede que, con él, á mi pobre Maubert!

Y corrió hacia la puerta de la casa.

Pero Jeromo la alcanzó antes de que llegara á ésta y la asió por el brazo.

—¿Estáis loca?—dijo.

—Y ¿por qué he de estarlo?—dijo ella con explosión de dolor.

—Porque, si decís la verdad, los asesinos estarán, tal vez, aún en la casa y nos jugarán una mala pasada.

—¡Maubert! ¡Maubert!—exclamaba desatentada Mariana.

Pero sólo le respondían los gemidos del perriuelo.

—Amo,—dijo el pastorcillo, que era valiente,—voy por las escopetas.

La granjera se había colocado prudentemente detrás de su marido, y éste no se atrevía á avanzar ni á retroceder.

Juan Blanc volvió con una linterna y dos escopetas.

Jeromo vacilaba en coger una de las armas.

—Es preciso ser prudente,—decía.

Pero Mariana se apoderó de una escopeta y dijo á Juan Blanc:

—Ven.

Y, rechazando al granjero, que aun pretendía detenerla, metió resueltamente su llavín en la puerta de entrada, que se hallaba cerrada, lo cual probaba que, si habían entrado malhechores en la casa, habría sido por otra parte ó se habrían servido de una llave falsa.

Juan Blanc llevaba en la mano derecha la escopeta, y en la izquierda la linterna.

De pronto, y al atravesar el vestíbulo, volvió á detenerse Mariana.

—¡Sangre!—dijo.

En efecto: había huellas de sangre en las paredes, que estaban blanqueadas.

Reinaba en la casa un silencio de muerte.

Repentinamente, Juan Blanc, que iba delante, lanzó un grito de horror.

Acababa de llegar á la escalera que, desde el vestíbulo, conducía al piso superior.

Y en el primer peldaño de aquella escalera había un cadáver, un cadáver medio desnudo, horriblemente desfigurado, con el rostro lleno de espantosas heridas y el cráneo abierto de un hachazo.

El cadáver era el del infortunado propietario de la Combette, el del Sr. Jalouzet.

Al rededor de él había huellas de una lucha que debió ser terrible.

El anciano tenía aún una escopeta entre sus crispadas manos.

La tenía cogida por el cañón, prueba de que, luego de haber hecho fuego sobre los asesinos, se había servido de ella como de una maza.

Al extremo del vestíbulo estaba la puerta del huerto.

Esta se hallaba abierta.

Por allí habían entrado los asesinos, y por allí, sin duda, habían huído.

—¡Maubert! ¡Maubert! ¿Dónde estás?—exclamaba Mariana con voz desfallecida.

Habíase dirigido hacia la cocina, con el horrible presentimiento de que iba á encontrar degollado á su marido.

Pero Maubert no estaba allí, y todo se encontraba en un orden tal que probaba que los asesinos no se habían dignado penetrar en aquel sitio.

Jeromo, recobrado de su terror, se había arriesgado, al fin, á seguir á Mariana y á Juan Blanc.

Mariana gritaba y lloraba; los dientes del pastorcillo castañeteaban.

Jeromo vió el cadáver de su amo y echó á correr; pero cuando estuvo en el patio se recobró y dijo:

—Voy á buscar á los gendarmes.

Y emprendió la carrera hacia Laneuville, gritando aún más fuerte que Mariana.

A dos tiros de fusil de la Combette encontró á algunas personas que volvían de la misa: eran los granjeros de Niolly, una granja aislada en medio de los bosques.

Eran tres y todos armados de escopetas: el hijo y los dos cuñados.

Oyeron, estremeciéndose, el relato que les hizo el viejo Jeromo, y el más joven dijo:

—Yo tengo buenas piernas y llegaré á Laneuville antes que vos.

Jeromo volvió atrás con los otros dos, y regresó á la Combette.

Entonces, sintiéndose apoyado y esperando la llegada de los gendarmes, propuso bravamente visitar la casa.

Mariana deliraba, y á su energía había reemplazado una especie de postración.

Sólo Juan Blanc conservaba toda su presencia de ánimo.

En cuanto á la granjera, había ido á encerrarse en el granero destinado al forraje.

Las gentes de Niolly eran valerosas.

Visitaron la casa y en todas partes hallaron huellas de la lucha sin cuartel que había sostenido el infeliz anciano.

Muebles caídos, puertas rotas, manchas de sangre por todas partes.

Sin duda, se había despertado de repente y se había levantado para salir al encuentro á los ladrones.

Era imposible dudar que se trataba de ladrones, al ver forzados los cajones del secreter.

Jalouzet había cobrado pocos días antes una considerable suma en oro, precio de una corta de maderas; algo así como cuarenta mil francos.

Mariana, entristecida, no hacía más que repetir:

—¿Y Maubert? ¿Dónde está Maubert?

Los gendarmes llegaron á galope tendido, seguidos del juez de paz.

Comenzaba á rayar el día, y los granjeros de Niolly habían comprobado fácilmente que los asesinos habían salido por el huerto, ganando luego el bosque.

La escopeta del anciano tenía los dos cañones descargados, prueba de que su dueño había hecho fuego dos veces.

En el huerto quedaba un resto de nieve, y en ésta, gotas de sangre.

Luego uno de los asesinos estaba herido.

En el primer piso había una gran sala que era preciso atravesar para llegar á la alcoba del Sr. Jalouzet.

Frente á las ventanas había un espejo, y éste se hallaba roto de un hachazo.

¿Por qué?

El juez de paz, el sargento y los mismos granjeros se dirigían esta pregunta sin acertar á responderla.

Unos suponían que la víctima había esquivado un primer golpe que dió en el espejo.

Otros decían que los asesinos habían confundido el espejo con una puerta vidriera.

Entonces el gendarme Nicolás Sautereau, nuestro antiguo conocido, tomó la palabra y dijo:

—No es nada de eso.

—Pues ¿qué es?—preguntó el juez de paz, algo picado.

Nicolás señaló á una de las ventanas que aun estaba abierta.

—Esta noche,—dijo,—había buena luna...

—Sí.

—Y ha debido llegar un instante en que los rayos lunares diesen directamente sobre el espejo.

—Bien; ¿y qué?

—Que uno de los asesinos, el que estaba armado con el hacha, debió entrar aquí en tal instante y marchar en derechura á su objeto. Veríase en el espejo sin reconocerse, y, creyendo hallarse enfrente de su enemigo, habrá descargado su hacha sobre el imaginario defensor del anciano.

Esto era tan lógico que todo el mundo fué de la opinión de Nicolás.

Habíase llevado el cadáver á su lecho, y diez ó doce personas, además de la justicia, se hallaban en la habitación, pues muchos habitantes de Laneuville, al saber la noticia, habíanse incorporado á los gendarmes.

Entre la multitud corría el nombre de Juan el Conejo.

Otros mezclaban el de los Leloup.

Pero Jeromo dijo:

—No pueden ser ellos los que hayan dado el golpe, pues están en Laneuville desde ayer noche.

—Es verdad,—repitieron varias personas, que habían visto á la mal afamada familia establecida en masa en la taberna de la Bilin.

El juez de paz era un hombre joven é inteli-

gente. Todo le probaba que los asesinos eran, por lo menos, dos, é inmediatamente hizo el razonamiento siguiente, que comunicó al sargento de gendarmes:

—Juan el Conejo no tiene relaciones en el país más que con los Leloup. Si éstos son ajenos al crimen, Juan el Conejo no es culpable y hay que buscar por otro lado.

En aquel momento llegó Maubert.

El guarda supo con estupor lo que había pasado, y fué á arrojarse, llorando, sobre el cuerpo de su amo, acusándose de haberle causado la muerte.

Mariana estaba como loca.

Entretanto, no bastaba comprobar el crimen, sino que era preciso buscar á los asesinos.

El sargento hablaba de dar una batida por los bosques de los alrededores.

Pero Nicolás Sautereau le llamó aparte y le dijo:

—Mi sargento: querría hablaros particularmente.

—Hacedlo,—repuso el sargento, á quien se le había recomendado Nicolás como hombre inteligente y resuelto.

—En vez de dar una batida por los bosques, si me dejáis hacer, tendremos á los asesinos antes de veinticuatro horas.

El sargento le miró con sorpresa.

—Tengo mi plan,—añadió Nicolás.

—Veamos, camarada: explicaos,—dijo el sargento.

XXXIV

Nicolás había llevado á su jefe hacia el marco de una ventana y hablaba muy bajo para que nadie pudiese oír lo que tenía que decirle:

—Oid, sargento,—dijo.—Esta noche me habéis enviado á casa de la Bilin.

—Es cierto.

—Con la esperanza de que pudiéramos sorprender, mi compañero y yo, alguna palabra relativa á Juan el Conejo, el asesino del correo.

—Y bien...

—Los Leloup, á quienes no he perdido de vista, llegaron con afectación á las diez de la noche y se pusieron á jugar. Se me había dicho que eran camorristas; pero se portaron con gran tranquilidad. La Garduña, como la llaman, llegó, poco antes de media noche, con un cesto vacío al brazo. La sorprendí que cruzaba una mirada de inteligencia con sus hombres, y entonces creí comprender que no habían ido allí unos y otros más que para establecer una coartada. Hacia la una de la mañana, dijo uno de los concurrentes: «—Nunca he visto un tiempo tan cruel. Sólo es bueno para estar metido en la cama». A lo cual respondió otro: «—Si Juan el Conejo está en el bosque, no debe tener mucho calor». La Garduña y el viejo se miraron, y me pareció que éste sonreía.

—Bueno,—dijo el sargento.—Y ¿qué deducís de eso?

—Deduzco,—repuso Nicolás,—que, seguramente, los Leloup tenían noticia del crimen que iba á cometerse hoy.

—¿Lo creéis así?

—Y que, si no son cómplices materiales, lo son moralmente.

—¿Sospecháis de Juan el Conejo?

—Sí,—dijo Nicolás con convicción.

—Pero no ha sido él solo. ¿Quién le habrá ayudado?

Maubert estaba tan abatido que no opuso ninguna resistencia.

Pero Mariana empezó á gritar, proclamando la inocencia de su marido y el cariño que profesaba al desgraciado Sr. de Jalouzet.

Durante este tiempo, Nicolás decía al sargento:

—Estoy tan convencido como todo el mundo de que ese hombre es inocente; pero el juez de paz hace bien en prenderle.



Nicolás había llevado á su jefe hacia el marco de una ventana...

—Eso es lo que sabremos, si queréis fiaros de mí. He vivido con los árabes, he sido su prisionero, y los árabes hacen maravillas cuando se trata de descubrir un ladrón ó un asesino.

Mientras el sargento y Nicolás hablaban así, el juez de paz y su escribano continuaban sus pesquisas.

La situación acababa de complicarse singularmente con la llegada de Maubert.

Según confesión de Jeromo el granjero y de Mariana, Maubert se había quedado en la casa.

Maubert afirmaba haber pasado la noche en los Roussettes, y tenía fama de hombre honrado y muy adicto á su amo.

Pero las apariencias le presentaban como cómplice del asesinato, y el juez de paz le dijo:

—Maubert, me veo obligado á declararos preso. No dudo que lograréis probar con toda claridad vuestra inocencia; pero la justicia debe tomar sus precauciones.

—¿Por qué?—preguntó el sargento, que distaba mucho de tener la inteligencia de Nicolás.

—Porque la prisión de ese hombre va á dar cierta confianza á los verdaderos asesinos y nos permitirá buscarlos sin que lo sospechen.

—Tenéis razón.

Entretanto, Mariana decía:

—Sólo los Leloup han podido dar semejante golpe.

—No disparatéis, mujer,—repuso Nicolás.—Las personas á quienes acusáis no han salido esta noche de Laneuville.

Luego dijo algunas palabras al juez de paz, que dió orden de evacuar la habitación á la que se había llevado el cadáver.

El sargento y otro gendarme se encargaron de llevar á la cárcel á Maubert.

Nicolás y el nuevo guarda campestre permanecieron en la Combette.

Mariana, llorando, se arrojó al cuello de su marido.

—No tengas miedo, mujer,—le dijo Maubert.—¿Acaso no están ahí las gentes de los Roussettes, que dirán que he pasado la noche con ellos?

La tranquilidad de Maubert se debía á unas palabras que Nicolás le había dicho al oído.

—Dejaos prender: éste es el único medio de pescar á Juan el Conejo y á sus cómplices.

Pero Mariana, que no le había oído, tuvo una nueva explosión de dolor cuando vió que se llevaban á su esposo.

—¡Es inocente!—gritaba.—Los Leloup son los culpables. ¡Bandidos!

El juez de paz se retiró y dió orden de evacuar la granja y la casa.

Había allí unas treinta personas.

Los unos, cuando Nicolás y el guarda cerraron las puertas, se quedaron de la parte de afuera.

Los otros siguieron al juez de paz, su escribano y los gendarmes, que se llevaban al preso.

Jeromo y el pastorcillo se quedaron en la casa con Mariana.

Esta interpelló de pronto á Juan Blanc.

—¡Ah!—exclamó.—Tu dijiste que cuando fuera preciso hablar, hablarías.

—Es verdad,—repuso Juan.

Nicolás oyó esto y preguntó:

—Y ¿qué es lo que tienes que decir?

—Yo no tengo miedo y lo diré todo,—replicó Juan Blanc.

—Pero ¿qué es ello?

—Yo sé dónde están pudriéndose los huesos del castrador de bueyes.

—¡Ah!

—Si me hubiesen llevado consigo los gendarmes, los habrían hallado.

—Pues bien: yo te llevaré,—dijo Nicolás.

El guarda y Jeromo escuchaban con avidez; pero sufrieron una decepción.

Nicolás se encerró con el pastorcillo en una habitación inmediata á aquella donde estaba el cadáver, y dijo:

—Ahora ya puedes hablar, muchacho.

—Es toda una historia,—repuso Juan Blanc.

—No importa. Habla.

—Los Leloup tienen un escondrijo en la Fringale, tan bien ideado, que ni Dios mismo, hecho gendarme, daría con él.

—Y ¿cómo lo has hallado tú?

—Porque he dormido allí una noche. Me había perdido en el bosque y nevaba mucho, cuando encontré á Juan el Conejo que acababa de matar un jabalí de más de trescientas.

«Pequeño,—me dijo,—si quieres ayudarme á llevar esta pulga hasta la Fringale, te daré una pieza de treinta sueldos.

»Con mucho gusto,—repuse,—si en la Fringale me dan un plato de sopa y un haz de paja para dormir.

»Corriente,—dijo él.

»Pasamos una cuerda por las cuatro patas del animal, las cuales juntamos, poniendo luego la escopeta de Juan bajo las cuerdas. El

Conejo colocó el cañón sobre su hombro y la culata sobre el mío, y así llevamos el jabalí.

»Los Leloup estaban contentos; me dieron cena y cama. Pero yo soy curioso, como ya podéis suponer, y, en vez de dormir sobre la paja, hice como que roncaba y escuché todo cuanto decían.

»—Es preciso andar con cuidado,—decía la Garduña.—Los guardas te vigilan, Juan.

»—Y ¿para qué se ha hecho la tina?

»—¡Ah! ¡Es cierto!—dijo la Garduña.

»El viejo se echó á reír.

»—Cuando vayamos á buscar el jabalí,—dijo,—es posible que le falte un jamón. El castrador de bueyes debe tener hambre.

»Al oír estas palabras, me estremecí y presté más atención.

»—Callad, padre,—dijo la Garduña.—Olvidáis que está ahí durmiendo ese muchacho.

»—Y hace bien en dormir,—añadió Juan el Conejo,—porque, si despertase inoportunamente, le mataría.

»Con lo cual excuso decirnos que no abrí los ojos hasta la mañana siguiente.»

A estas palabras añadió algunas otras sobre ciertos detalles, oídos los cuales, dijo Nicolás:

—¿Es eso todo lo que sabes?

—Sí.

—Está bien,—dijo Nicolás;—procuraremos aprovecharnos de ello. Esta noche vendrás conmigo.

—¿A dónde?

—A la Fringale.

A pesar de sus pretensiones de valiente, Juan Blanc no pudo evitar un ligero estremecimiento.

Nicolás cogió un pliego de papel y escribió:

«Señor juez de paz:

»Creo estar sobre la huella de los verdaderos asesinos; pero es necesario dejar que recaigan las sospechas sobre Maubert.

»Hoy, por la noche, es preciso que me reuna con el sargento y el gendarme Martín, en el bosque inmediato á la Combette.

»Harán bien en venir disfrazados.

»También convendrá que vos tengáis preso hasta la noche al joven que os entregará esta carta, sin dejarle comunicar con nadie.

»A la noche, lo entregaréis al sargento.

»Vuestro servidor,

»Nicolás.»

Escrita esta carta, Nicolás la entregó á Juan Blanc, que la llevó á Lanéville, sin sospechar que iba á pasar el día en la cárcel.

XXXV

En el pueblo de Lanéville y sus alrededores había pasado el día en medio de una gran agitación.

El asesinato del infeliz viejo había llenado de espanto y asombro á todo el país.

El nombre de Juan el Conejo se hallaba en todas las bocas.

Pero estaba demostrado que tenía un cómplice.

¿Quién era éste?

Los Leloup habían pasado en Laneuville toda la noche.

A la madrugada, todavía se encontraban allí, y el viejo había dado el espectáculo de la más repugnante embriaguez.

Las sospechas no podían, pues, recaer en ellos, á pesar de su deplorable fama.

Los hombres fingían la borrachera ó acaso estaban borrachos en realidad.

La Garduña iba y venía por entre los grupos que se habían formado en el país, y en todos los cuales se hablaba del asesinato de Jaulouzet.

Recogía la impresión general, y cuando se la veía dejábanse oír murmullos, pues nadie ignoraba sus culpables relaciones con *Juan el Conejo*.

Sólo al anocheecer, los Leloup volvieron á la Fringale, y hacia las ocho hubiéraseles podido ver al rededor del hogar de la granja, hablando tranquilamente.

Con ellos había otras dos personas que, como se adivina fácilmente, eran *Juan el Conejo* y su nuevo amigo el presidiario fugado.

La Garduña decía, riendo:

—¡Buena suerte tienes, mi pobre *Conejo*! Han cogido á Maubert por tu culpa.

—Sí,—repuso *Juan*;—pero por todas partes dicen que yo soy uno de los que han dado el golpe: ¿no es cierto?

—Eso es verdad; pero, si tú eres prudente, tendrán que contentarse con decirlo. Ya sabes que el escondite es bueno.

—No digo que no; pero ¿será preciso permanecer en él mucho tiempo?

—Por lo menos, ocho ó diez días.

—*La Garduña* tiene razón,—repuso el viejo. —Los magistrados están en Laneuville haciendo diligencias, y tienen para tres ó cuatro días. Esta mañana se hablaba de hacer venir un batallón...

—¿Para qué?

—Para dar una batida por todos los bosques de los alrededores. Es seguro que la justicia vendrá por aquí.

—Ya estamos acostumbrados á eso, y nos burlamos de ello,—dijo *la Garduña*.—Trabajo mando á los gendarmes antes de que den con la tina.

—Allí no se está muy ancho,—repuso *Juan el Conejo*.

—Cierto; pero hay un buen colchón,—dijo burlándose el viejo.

—¿Os referís á los huesos del castrador de bueyes?

—No: á los cincuenta mil francos que habéis sacado de la Combette.

—Con eso,—dijo *la Garduña* riendo,—puede vivir un hombre honrado el resto de sus días.

—Tal es mi intención,—replicó *Juan*,—si la justicia quiere dejarme en paz.

—Pero, ante todo,—dijo el viejo,—es preciso arreglar las cuentas.

—¿Qué cuentas?—preguntó *la Garduña* riendo.

—Cada uno debe tener su parte.

—Eso es justo,—dijo el presidiario.

—Sí,—repuso *la Garduña*;—pero la mayor debe ser para *Juan* y para el señor.

—¿Por qué?

—¡Diablo! Porque ellos son los que han dado el golpe.

—Sí; pero yo he sido quien se lo ha indicado.

—No digo lo contrario,—replicó *Juan el Conejo*,—y aun confesaré que yo no pensaba en ello. Pero, si nos cogen, no será á vos á quien guillotinarán.

—Si os cogen, nos cogerán también á nosotros.

—¿Cómo es eso?

—Porque será señal de que se ha descubierto el escondite de la tina, y dentro, los huesos del castrador.

—Tenéis razón, padre. Pero es necesario dejarlo todo arreglado,—dijo *la Garduña*.—Cuando estos señores se vayan, nos darán diez mil francos.

—Eso es poco,—dijo el codicioso viejo.—Yo querría quince.

—Sean quince,—repuso *Juan*.

El presidiario hizo también un movimiento de cabeza afirmativo.

Durante esta conversación, el marido de *la Garduña* había subido al tejado de la Fringale, escopeta en mano, y se había sentado junto al cañón de la chimenea.

Desde aquel sitio de observación podía verlo todo en medio kilómetro á la redonda y señalar la aproximación de cualquier visita sospechosa sin más que inclinarse sobre el cañón de la chimenea y lanzar un silbido.

La Garduña había preparado la cena, y *Juan el Conejo* participó que tenía mucho apetito.

Pusiéronse á la mesa.

—A decir verdad,—exclamó entonces *la Garduña* cortando el pan en los platos,—no me da miedo el sargento, ni el gendarme Martín, ni el guarda campestre, que es un idiota, ni todas las gentes de justicia.

—Pues ¿de quién tienes miedo, pequeña?—dijo el viejo.

—Del otro.

—¿Qué otro?

—El tercer gendarme, Nicolás, como le llaman. Tiene una cara que no me gusta. Esta mañana me ha mirado de una manera que me ha dado frío hasta los huesos.

—¡Bah!—dijo el viejo.—No ha de ser más listo que los demás.

—Es igual,—dijo *la Garduña*;—pero me ha sido antipático.

—A todo esto,—dijo el viejo para distraer á *la Garduña* de sus presentimientos,—no nos habéis contado cómo pasó la cosa.

—Es cierto,—dijo *Juan*.—No se puede pensar en todo. Y, si no, ahí tenéis á *la Garduña*, que envenenó á los dos perros grandes y se olvidó del pequeño.

—Porque no lo ví,—repuso *la Garduña*;—si no, le hubiera dado su parte de pastel.

—Pues el bribonzuelo estuvo á punto de echarlo á perder todo. Entramos por el patio escalando el muro. Hacía luna.

»Yo subo el primero; veo á la perra muerta, y digo al compañero:

»—Dame el hacha.

»Me la da, salto al patio y éste me sigue. De pronto, el perrillo se pone á ladrar.

llaba en lo alto de la escalera, nos hace el segundo disparo.

»Instintivamente bajo la cabeza, sin lo cual era hombre muerto.

»Entonces ya no fué muy larga la cosa, como debéis comprender, aunque él se defendió bien con la escopeta, que tenía cogida por el cañón.

»En cinco minutos le despachamos á hachazos; y como no convenía perder tiempo,



Se defendió bien con la escopeta, que tenía cogida por el cañón

»Corro para hacerle callar, y ladra más fuerte.

»Por un instante, estuvimos tentados de marcharnos el compañero y yo.

»Pero el perruelo se lanza sobre nosotros, le doy un hachazo, y rueda, cubierto de sangre, por el suelo.

»—Ya tienes bastante,—digo yo.

»Y entramos en la casa por la ventana de la bodega, que estaba abierta para que les diese el aire á los quesos.

»Pero el perrillo había despertado al viejo.

»Cuando subíamos la escalera, silbó una bala.

»El compañero lanzó un grito, pues estaba herido en un hombro.

»Yo continué subiendo, y el viejo, que se ha-

subimos á su habitación y forzamos el secreto.

»Pero hé aquí que, al volver, atravesamos una gran sala, y, de pronto, me parece ver que un hombre se dirige hacia mí; dejo caer el saco de dinero, levanto el hacha y doy un golpe...

»Había roto un espejo en el cual se reflejaba mi imagen, sin que yo la hubiese reconocido.

»Y ésta es la historia», concluyó *Juan el Conejo*, echándose un vaso de vino con espantosa tranquilidad.

—¡Es un valiente mi Juan!—exclamó *la Garduña* con orgullo.

—Sí,—repuso el asesino;—pero hay que saber cómo acabará esto.

(Se continuará)

—ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA—

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA